

Charla de los Domingos*

Hoy hace 25 años, mis lectoras, escribía este servidor de ustedes su primera charla en el *Monitor Republicano*.

¡Ya ha llovido desde entonces!

Si yo fuera arzobispo, ¡quién fuera arzobispo!, llamaría a esta fecha *mis bodas de plata*; la intitularé buenamente el 25° aniversario de Juvenal (el chico) y estamos en paz.

Ahora que dirijo una mirada retrospectiva a mis pasadas tareas, recuerdo que en esos cinco lustros he visto pasar ante mi pluma dos generaciones de pollas; tres diré mejor, contando con la que ahora sigo, en medio del torbellino de la vida social.

¡Tres generaciones de lindas jóvenes en medio de la juventud, de la belleza y de los encantos de la moda!

¿En dónde están ahora aquellas de mis lectoras que recorrían mis primeros ensayos, que jamás, ¡ay de mí!, ¿han podido pasar de ensayos?... Unas llegaron al reino de Dios, otras en el fondo de su hogar se miran en los ojos de sus preciosas pimpollos, de aquellas a quienes han pasado la antorcha de la vida para que como ellas sean astros de los salones; otras, ¡palabra de honor!, son ya abuelitas, unas abuelitas como de dulce que recuerdan indudablemente los saraos en donde nos hemos encontrado.

* * Enrique Chávarri, *Juvenal*, "Charla de los Domingos" Bodas de plata de Juvenal. El Ayuntamiento ha decidido que no habrá bailes y tampoco otras celebraciones acostumbradas durante el Carnaval. Nuevos cantantes en el Teatro Principal. El Circo Orrin. El kinetófono, *El Monitor Republicano*, año XLVI, núm. 41 (16 de febrero de 1896): 1-2.

¿Quieren saber ustedes cuántos han sido tales bodorrios?

Pues, según mis cuentas, he asistido como cronista en esos 25 calendarios a 910 *gaudeamus* grandes y pequeños que me dieron ocasión de *trovar* a las bellas. Suponiendo que en cada baile haya mencionado a 10 preciosas criaturas, cábeme el orgullo de haber presentado mis respetos a 9 100, a cual más guapas.

Veinticinco años de fastidiar a mis lectoras, porque como escritor jamás pasaré de escribidor, como charlista he sido porfiado y testarudo, aunque malo pecador. Acúsome tan sólo de haber dejado de escribir siete charlas en todo este lapso de tiempo que acabo de recorrer.

Y esas siete veces, esas siete faltas fueron dimanadas por fatalidades muy fatales que han ido cercenando mis miembros, hasta dejarme reducido a la más triste expresión.

Pero advierto que estoy haciendo mi propio panegírico. ¿Qué les importa a mis lectoras mis 25 primaveras de cronista?

Bien, pues nada les importa, pero conste que no pude reprimir este recuerdo al comenzar hoy mi ya prolongada tarea.

¡Pasa tan pronto el tiempo!...

¡Ea! ¡Ea! Dejémonos de sensiblerías... ¡pues no faltaba más!... y sobre todo cuando tenemos ahí, muy pintiparado, al

mismísimo Carnaval que levanta la losa de su tumba para causar una carcajada, que quién sabe si resulte más lúgubre que un gemido.

Nada, no hubo remedio, no tendremos Carnaval, ¡qué íbamos a tener! Los muertos no vuelven de sus tumbas, exceptuando a Lázaro, y el Carnaval no es Lázaro, hace a Lázaro y Cristo con todos.

Tendremos un buen paseo en la Calzada de la Reforma, y punto concluido; habrá bicicletas enfloradas, muchos coches, algunos máscaras, muchos *confeti* y acaso, acaso una poca de alegría.

Pero bailes de máscaras y aquel paseo nocturno que antes había en el Zócalo, en el que algunos jóvenes decentes vestidos de dominós iban a dar discretas cargas...

¡Esos no volverán!

Los bailes, o llámense alcohólicas orgías, se verificarán en el Teatro Arbeu y a ellos sólo irá la gente del bronce, o el que tenga algunas ganas de que lo aporreen *por vía de darle carga*.

Y el miércoles y jueves la prensa consignará la crónica negra de los bailes de máscaras; tantos ebrios, tantos contusos, tantos heridos, tantas faltas a la policía, tantos escándalos, y eso querrá decir que el baile estuvo soberbio, como los toros están muy buenos cuando hay muchos caballos despanzurrados.

El Ayuntamiento, por medio del regidor Vallete, ha querido amenizarnos el Carnaval. ¡Dios se lo pague al ilustre Ayuntamiento! Bastante necesita esta sociedad que la inciten a salir de su sonambulismo.

Al menos habrá pasado mañana un bonito Corso al estilo del país, en el Paseo de la Reforma, y algo es algo.

¡Ajajah! Ahora lo verán ustedes; ahora lo verán, señoritas maestritas, preceptoritas y lindas costureritas.

Las voy a poner verdes.

¿Con que ustedes, ¡eh!, son más sensibles al cariño que el pétalo de la flor, al susurro de la brisa? ¿Con que ustedes, hijas de Minerva, sobrinas de la aguja y de la máquina de coser, son fogosas al amor, y tremendas al sentir que Cupido se aleja de vosotras?...

Un discreto escritor, el señor Adalberto Esteva, estudia ahora en la prensa, la estadística de la locura en México y da acerca de las dementes, de las locas compatriotas nuestras, las más instructivas noticias.

Permitidme que intercale aquí estas líneas sobre las causas determinantes de la locura de la mujer en México:

Como particularidad curiosa añadiremos que las causas determinantes que obraron principalmente sobre las enajenadas divididas según sus oficios, fueron las siguientes: sobre las preceptoras y costureras, el amor; sobre las mandaderas y lavanderas, el pesar; sobre las empuntadoras de rebozos, reparadoras de zapatos y tejedoras, el susto; sobre las domésticas, cocineras,

torcedoras, molenderas, freganderas y prostitutas, el alcohol.

Es todo un poema esa estadística.

¿Con que las maestritas y costureritas se vuelven locas por el amor, mientras las lavanderas pierden la chaveta por el pesar...? Pues no me lo había sospechado.

Yo creía que una maestra y, sobre todo, una costurerita, no tomaba a lo serio esas zarandajas del amor; y se me figuraba que las lavanderas que planchan cantando no enloquecían de pesar como las tórtolas y los gorriones.

Pero mientras más se vive más se bebe, es decir, en las puras linfas del saber.

Moraleja: No améis, ¡oh maestritas!, guardaos, ¡oh costureritas!, de dejaros pescar en las redes de Cupido, porque la estadística lo ha dicho: por razón de oficio sois muy sensibles, y la demencia os acecha...

El amor en una preceptora es para ella la antesala de la locura; el cariño en una costurera, es un paso para la calle de la Canoa.

Mientras tanto, las lavanderas se vuelven locas de pena, de pesar. ¡Habrás visto cosa más rara!

Decididamente en este mundo mientras más se vive más se bebe.

Ya saben ustedes que mañana o pasado se cierran las velaciones porque comienza la Cuaresma, la tétrica

Cuaresma, y que por esta causa hemos visto algunos casamientos en estos últimos días.

En la clase media es en donde se han verificado los matrimonios.

Siempre esa honorable clase lo piensa menos que los ricos, piensa mucho menos antes de adoptar lo que los teólogos y jurisperitos llaman *el estado honesto*.

Y la verdad que cuando veo por la calle el cortejo de una boda de la clase media no puedo menos de conmovirme, o cuasi conmovirme, y eso que no soy muy sensible, que digamos.

Ese coche sin número de a 2 pesos la hora que ha alquilado el novio, esos cocheros que se quitan el chilapeño para ponerse el fieltro de quesadilla; ese traje de raso corriente que lleva la desposada, regalo de su futuro; ese velo de crespón de segunda clase, todo, ¡cuántas privaciones indica, cuántas economías, cuánto tiempo de haber estado guardando fondos para despilfarrarlos el día, el solemne día en que puede llamar suyo, suyo por toda la vida, al tormento adorado de su existencia.

Los ricos, ¡qué gracia tiene!, van a los grandes almacenes, o encargan a Europa el equipo de boda; negocio de unos cuantos días, negocio de unos miles de pesos más o menos; pero los pobres, los que día a día tienen que estar escatimando de su pequeño presupuesto, hoy los 2 pesos, mañana los 20, los que tienen que privarse de sus pequeños

goces, los que con la avidez de un avaro ven su tesoro crecer, aquel tesoro que les abrirá las puertas del cielo, esos sí que son abnegados, esos sí que necesitan paciencia y fuerza de voluntad para reunir la suma que importan los gastos matrimoniales.

Por eso tiene cierto hermoso matiz el cortejo de una boda de la clase media, porque el alquiler de aquel modesto traje nupcial significa otras tantas privaciones de parte del enamorado *pagano*, privaciones que es seguro sabe apreciar *ella* en su tierna poesía.

En una de esas bodas hay menos gana de ostentar y más deseo de agradar a la bella desposada, hay más manifestaciones del corazón y menos ansia de brillar por el oro y la fortuna.

Han comenzado también entre la muy honorable clase media los bailes de fantasía, que el año pasado estuvieron tanto en boga que llegaron a hastiar.

Cuatro de esos bailes se han verificado en la semana, en casa de muy apreciables personas; los trajes no eran de un lujo fastuoso mas sí, según mis noticias y según algunas descripciones que en la prensa he leído, correctos y de buen gusto.

Comenzaron demasiado temprano los bailes de fantasía, esto quiere decir que tendrán larga vida en el presente año.

Acaso en esta temporada carnavalesca, es decir, en las tres semanas después de Carnestolendas que no están las austeridades religiosas en todo su apogeo, acaso en esta pequeña temporada hayan de verificarse no pocos bailes de fantasía.

Y esto es natural y hasta debido.

La muchacha que se ha hecho un bonito traje de mariposa, pongamos por caso, y que le han dicho que con él se ve extra-guapa, y que le ha gustado al novio como un dulce, no se conforma con lucir en un solo baile aquellos atavíos que tanto la favorecen, suspira por otro y otro más bailito de fantasía, y anima a sus amigos y amiguitas a inventar más bodorrios de esa clase.

Lo mismo sucede con los jóvenes coquetos que se visten de fantasía. Dan y toman en que con el traje de mosquetero, de moro de Venecia o Hernani, se ven muy retrecheros, y que, vestidos así, son capaces de hacer 10 conquistas en una sola noche.

Naturalmente esos jóvenes coquetos no se conforman con lucir el traje de mosquetero en una sola noche, sino que ansían por exhibirse siempre guapos e interesantes en otras reuniones del mismo género, en las que se hacen la ilusión lisonjera de que avasallan tiernos corazones con las plumas y las lentejuelas y los galones de sus trajes.

En la ciudad de los Mártires, o sea en Tacubaya, ha continuado durante toda la semana la feria del desplume.

Un periódico ha dicho que allí hay garitos para niños. Si esto es verdad, no cabe duda de que el mundo marcha como dijo el otro: apenas el hombre sale del cascarón, ya pisa el garito con su gran puro en la boca y acaso su pistola en el cinto.

¡Haya zarramplines!

Lo que yo sí vi el día que visité la feria, fue a niñitas de vestido alto y a jovenzuelos de pantalón corto jugando en los carcamanes de la plaza.

Escenas de fin de siglo.

Y señoras que también le daban al *tule*, al lado de los valedores y de los tahúres de calzonera.

Dicen que las partidas de la gente decente están que se arden, y que los monteros han realizado ganancias fabulosas.

Por supuesto que se cuentan historias las más lastimosas, sujetos que se han quedado de tal manera desplumados que no tienen en estos momentos ni cara en que persignarse; sujetos que han perdido lo ajeno y sujetas que han dejado en la mesa de la carpeta verde hasta los zapatos de su marido.

Desde las 4 de la tarde hasta las horas de la madrugada funcionan las timbas que es un horror.

Es aquello un Montecarlo a la rústica.

—¿Y el Código Penal?...

—En la higuera.

Los buhoneros, sin embargo, no están en la higuera, trabajan con fe y devoción, y Birjan los premia como a sus mejores adeptos.

Llegan a la capital trenes de desplumados que entran a la ciudad con unas caras más largas que eucaliptos.

Y la feria continúa cada vez más animada. Tacubaya es la ciudad de la sota, se juega allí hasta por intención del que da su limosna; por todas partes hay garitos, por doquier timbas; el dinero se evapora de las manos de los puntos, y se vuelve sal y agua; algunos hay que no ven ni con la que pierden, otros que en tres albuces quedan limpios como una patena, y no faltan gallos que, cacareando y sin plumas, abandonan el garito maldiciendo a su suerte.

Personas y apreciables ha habido que tuvieron que volverse a pie y andando con la fresca de la noche. ¿Qué hemos de perder, decían, cuando en los altares del as de oros hemos dejado hasta la camisa?

Y la calzada de los arcos se ha visto no pocas noches concurrida por esos inválidos de la sota, por esos desvalidos del 2 de bastos, por esas desventuradas víctimas de la feroz camonina, que creyendo ir por lana, volvieron trasquilados.

¿Ya saben ustedes lo que pasa?...

Pues ahí es nada... que andan alborotados los sabios, los filósofos, con un descubrimiento portentoso que cierto físico alemán acaba de lanzar al mundo, dejándolo estupefacto.

Dejándolo de una pieza.

Se puede ver ya a través de los cuerpos opacos, a través de una pared, de una puerta, a través del cuerpo humano, el que va a revelar los misterios de la vida.

Ya no hay cuerpos opacos, en suma. ¡Oh portentos de la ciencia! Vamos de ahora en más a jugar a cartas vistas; ya no hay puertas, ya no hay paredes, si éstas oían hasta hoy, de hoy en más se dejan atravesar por la luz.

Los sabios atribuyen esto al calor radiante, a los rayos catódicos, a los rayos x descubiertos por el profesor Roentgen, o lo que ustedes quieran, el caso es que el mísero mortal en este fin de siglo mira ya con la que pierde.

Figúrense ustedes qué ganga para los maridos y las mujeres celosas; ya no hay necesidad, para descubrir al infiel, de llegar rompiendo puertas y armando escándalo para que se entere el vecindario; el procedimiento es más sencillo: se coloca una cámara fotográfica delante de la puerta cerrada, y por medio de tubos de Geissler se saca la fotografía que sirve como testigo acusador terrible e implacable del pérfido o de la pérfida que haya olvidado sus juramentos, cosa que por desdicha acontece a menudo.

Y esto se puede hacer sin que siquiera lo sospeche el culpable.

La luz de los rayos X debe tener muchas aplicaciones en la historia del amor, en esa historia envuelta en dulces misterios, que no ampararán ya los cuerpos opacos.

El descubrimiento admirable de Roentgen, que en estos momentos despreocupa la atención del mundo, ya anuncia los prodigios del siglo venidero, de ese siglo en el que el hombre escalará atrevido las cimas olímpicas del arte y de la ciencia.

Y es simbólico ese invento: él indica que la luz, siempre la luz, penetra por doquier, todo lo invade, todo lo hiere, haciendo retroceder a las tinieblas, que habían invadido el espléndido universo del saber.

Desaparece el misterio que, merced a los cuerpos opacos, envolvía muchas cosas, y nos vamos a ver las caras.

La Compañía Italiana acaba de principiar en el Teatro Nacional su último abono de 12 funciones, sin lograr vencer el desvío inconcebible del público.

Los abonados son en tan pequeño número, que es deplorable la perspectiva que ofrece aquel salón en las noches comunes del abono.

No ha sido posible romper el hielo, ni el ahínco de la empresa por presentar novedades pudo atraer al público que, está visto, no quiere más que zarzuela y música flamenca.

No obstante, un día ha habido en la semana, en el que el Nacional estaba casi lleno, el miércoles.

Dábase el beneficio del director de la Compañía, *signor* Maggi, y aunque éste eligió el “Hamlet” que, a pesar de ser una obra grandiosa, no divierte tanto a nuestro público como las obras del moderno repertorio, el teatro estaba casi lleno, la concurrencia era muy numerosa y tributó una verdadera ovación al inteligente actor que representa de un modo bien correcto al difícil tipo creado por Shakespeare.

Para este abono y como despedida, la empresa había anunciado en sus programas nuevas comedias, nuevos dramas, lo mejor de su repertorio, y a fe que va cumpliendo sus promesas; sin embargo, la gente que concurre a nuestros teatros no quiere ir allá a donde el arte la llama.

Se busca la música alegre y se desdeñan las bellas creaciones de los maestros ilustres de la escena.

En medio de este sopor artístico de nuestro excelente público, hay que notar que los artistas italianos no se desaniman; lo mismo trabajan cuando el teatro está lleno, como en el beneficio de Maggi, que si el teatro está vacío, como en las noches comunes de abono.

Y eso que causa frío aquel salón desierto.

En cambio, el escaso público no es parco en aplausos; a cada momento se oyen estallar vivas y palmadas, en cada entreacto, ya es de reglamento, de rigor, los artistas son llamados a escena.

Si el credo estuviera revuelto con piedras, si a los aplausos se uniera la buena entrada, no había más que pedir.

En el Teatro Principal se han llevado a cabo importantes reformas.

Antes de anoche terminaron sus respectivos contratos y se han eliminado de la compañía las señoras Grúas, Quiles y Goyzueta, el tenor Gutiérrez, Carriles el bajo, Garcín el tenor, etcétera.

En cambio, ingresan a las filas zarzueleras del ex Viejo Coliseo, como ya en otra vez he dicho, Pina Penotti y Fernanda Rusquella, Cecilia Delgado y Salud Martínez, así como el bajo Belza, del que hemos oído grandes elogios y que anoche debe haber hecho su debut representando el Gaspar de *Las Campanas de Carrión*, papel prueba para un actor.

En esta semana hizo su primera salida la señorita Salud Martínez, que no es una grande artista por supuesto, pero que en los papeles de segunda tiple no estará mal.

La señorita Martínez eligió para su inauguración artística en México un sainetillo llamado "Charito", que no vale gran cosa, pero que tiene algo de baile y música flamenca; el público, dicho está que aplaudió.

Y "Charito" tomó carta de ciudadanía en el repertorio.

El tenor Vigil ha aparecido de nuevo en la escena del Principal, cantando "Carmen" y "El milagro de la Virgen"; en esta última opereta fue muy aplaudido, especialmente en la famosa romanza del primer acto, que es uno de los números de zarzuela que ese artista dice mejor.

Pina ha hecho tres “húsares” en estos días, cayendo en gracia por sus geniales ocurrencias; decididamente Pina habla ítalo-castellano; la lengua de Cervantes no surte efecto en su picaresca boca, pero ya el público se ha acostumbrado a oírle esos chistosos disparejos que suelta, impávida y como si tal cosa.

Fernanda Rusquella viene ya en camino; pronto aparecerá en la escena del Principal, y pronto la “Niña Pancha” será de nuevo aplaudida por ese público que no olvida.

El Circo Orrin continúa dedicando los viernes a las colonias extranjeras; antes de anoche le tocó su turno a la alemana y hubo, como es de ordenanza, adornos y música al estilo de la patria del káiser.

La empresa piensa, ya después del tercer viernes de Cuaresma, suspender sus funciones en esos días, para dejar a los fieles que se entreguen a las austeridades religiosas sin presentarles la tentación de piruetas, maromas y guasas de mi compadre Bell que, entre paréntesis, se va haciendo cada día menos guasón.

Los lunes del Circo Orrin ofrecen actualmente una animación *sui generis*; esas noches, como se sabe, están dedicadas a la clase obrera y cada concurrente a gradas tiene el derecho de llevar gratis a una persona femenina de su familia.

Con ese motivo la afluencia de gente a las dilatadas graderías es enorme, incalculable; desde horas tempranas los concurrentes van a tomar lugar, se disputan las mejores localidades y ven con gran placer la función y aplauden que es un contento.

Allí está todo o casi todo, una buena parte, al menos, de nuestro mundo obrero, el que de esta suerte va tomando al Circo la afición que dedica a los toros.

Ha sido una buena idea de la Empresa Orrin aquella de llamar los lunes a la clase trabajadora a las graderías del Circo.

El espectáculo con aquella enorme concurrencia está muy animado; los obreros no van a lucir, van a gozar; los obreros se presentan limpios y aseados, es aquel un público de diverso carácter que el que generalmente concurre a las diversiones de la capital; un público sin pretensiones que recibe con alborozo todo lo que le dan y sale satisfecho, gozoso de haber pasado unas dos horas y media ya aplaudiendo, ya soltando homéricas carcajadas.

El kinetófono, el ingenioso aparato de Edison que se exhibe en la calle de la Profesa, está llamando, y justamente, la atención.

El efecto es sorprendente.

Unido el kinetoscopio con el fonógrafo, se han fijado en el aparato no sólo los movimientos de la vida real, también los sonidos.

Se ve marchar a un pelotón de soldados al compás de la música, se ve a un trapeceista hacer sus maromas en el circo, al propio tiempo que la música deja oír un vals. Carmencita, la bailarina, se agita al compás de melodiosa mazurka, todo en verdad admirable, con la verdad de lo real.

Pronto llegarán aparatos en los que las figuras hablen al propio tiempo que se mueven.

Y no está lejano el día en que se hagan retratos de personas que al mirarlas hablan y platican como si obedecieran a un conjuro, a una evocación.

Cuando a este perfeccionamiento se llegue, ha dicho un escritor, se habrá realizado efectivamente la “inmortalidad” de la palabra, de la figura, de la expresión, del movimiento; es decir, la inmortalidad de las apariencias de la vida; y sólo faltará descubrir aquí, en las bajas tierras, aunque esto parece ser un poquito más difícil, un kinetoscopio y un fonógrafo para las almas.

En el Teatro Arbeu, la Compañía Rodríguez continúa trabajando con numerosa ocurrencia. Hace tres días se ha estrenado, es decir, ha reaparecido allí, el tenor Sotorra, ya muy conocido en México, cantando la vieja “Marina”.

En esta semana hubo una noche que debió haber sido de sensación en el Teatro Arbeu: el martes, en que se estrenaba cierta zarzuelilla llamada “El Caramelo”, pero habíase anunciado con tanto bombo y tales exageraciones que, según el decir de los cronistas teatrales, no causó esa sensación que se esperaba, antes bien el público salió disgustado.

La señora Concepción Martínez, que cantó “El Caramelo”, no fue ahí tan aplaudida como en otras zarzuelillas, como en “¡Si fuera libre!”, por ejemplo. Así lo dicen, al menos, los admiradores de la graciosa barbiana.

Se exhibe ahora en el *foyer* del Circo Orrin un fenómeno de lo más curioso. Es un joven llamado Laloo, bien formado, de expresiva fisionomía y color moreno, pero que tiene adherido al pecho otro cuerpo humano con sus manos, piernas y pies adecuados, sólo carece éste de la cabeza, que cualquiera diría la ha introducido en el tórax del otro cuerpo.

Laloo siente en su cuerpo las sensaciones del cuerpo pequeño: cuando a éste se le toca una mano, el cuerpo grande se apercibe de ello, son dos seres unidos por una misma cadena.

El intérprete refiere que ya algunos cirujanos han pretendido amputar aquel colgajo humano, pero se ha reconocido que tan estrechamente unida está una a otra existencia, que cualesquiera de los dos moriría al faltarle lo que llamaré su homónimo.

Laloo se presenta con buenas alhajas y parece que tiene fondos suficientes para vivir, que ha ganado en estas exhibiciones por todo el mundo.

Juvenal